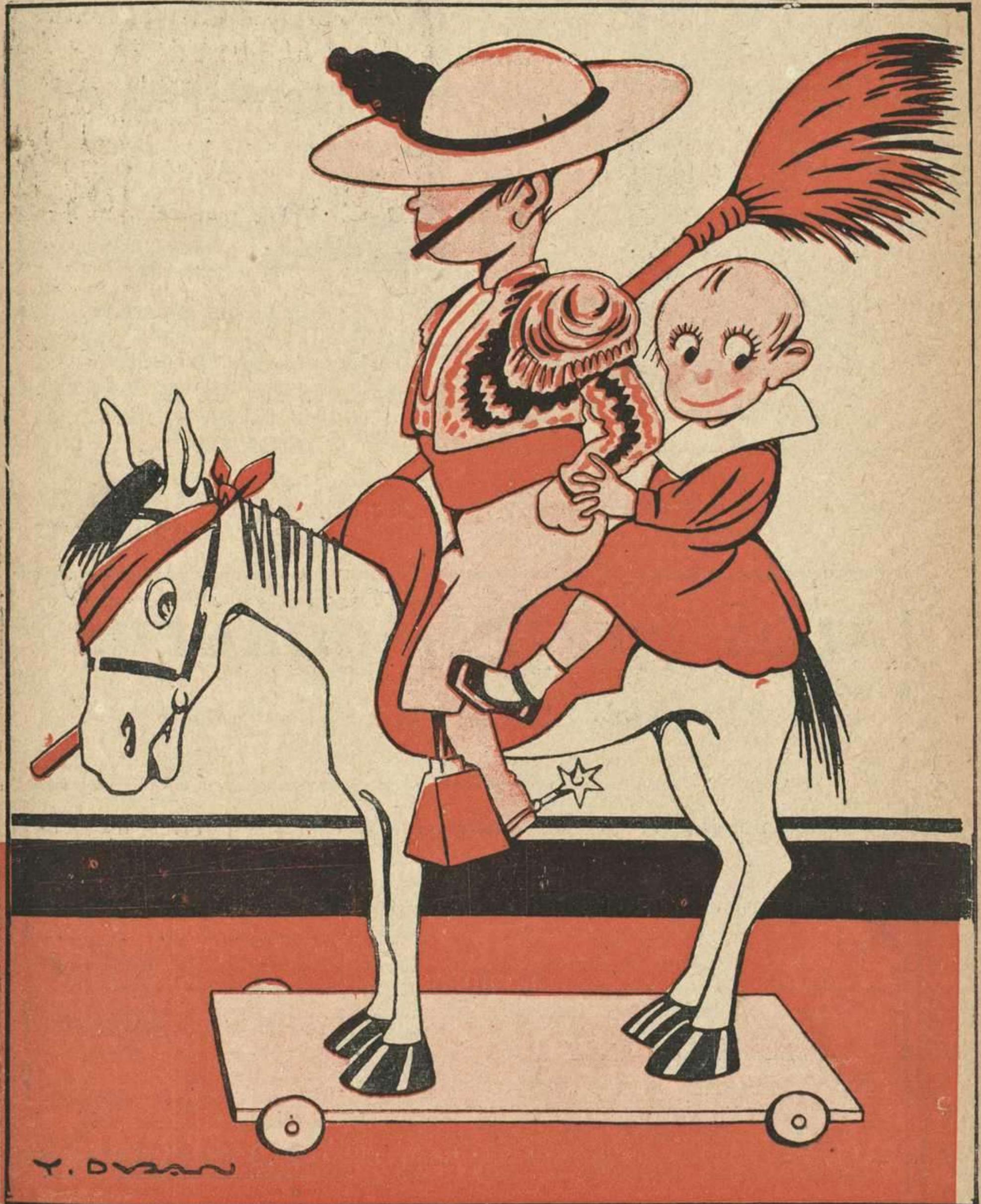
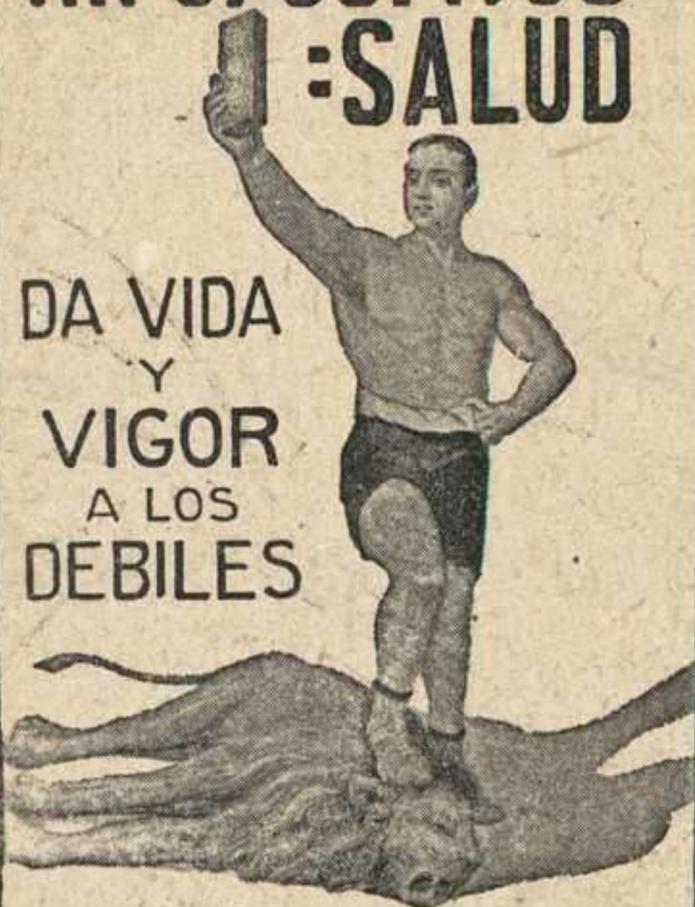


LOS-MUCHACHOS



**HIPOFOSFITOS:
= SALUD**

DA VIDA
Y
VIGOR
A LOS
DEBILES



AVISO: AL COMPRAR EL FRASCO FIJARSE SI CON TINTA ROJA SE LEE
HIP Y FOSFITOS SALUD - EN LA ARGENTINA PIDASE "HIPOFOSALUD"

A black and white advertisement for 'Tos Ferina' and 'Lactoferina'. At the top, a crowd of people is shown, with a child in the center. Below them, a banner reads 'ANTES DE TOMAR LA LACTOFERINA' and 'DESPUES DE TOMAR LA LACTOFERINA'. The main text reads 'Tos Ferina y toda clase de TOS EN LOS NIÑOS DESAPARECE EN POCOS DIAS CON LA LACTOFERINA del Dr. M. CALDEIRO'. Below this, it says '5 pls caja en todas las farmacias y ARENAL - 35 MADRID' and 'Por 5.50 pls la remite el autor por correo PUERTA DEL SOL Nº 9. MADRID.' At the bottom, a child is shown holding a bottle of the medicine.

SAL MARINA Químicamente pura
para mesa.
Paquete 15 y 60 céntimos.
Laboratorio del Dr. M. CALDEIRO
Puerta del Sol, núm. 9.
MADRID

LOS CONTEMPORANEOS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Publica novelas cortas interesantísimas, escritas por los mejores

autores, lujosamente ilustradas en negro y en colores por renombrados

_____ dos dibujantes _____

Número suelto

10 céntimos

LOS MUCHACHOS

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN

Madrid: Martín de los Heros, 65.—Teléfono J-939.—Apartado 216.

SUSCRIPCIÓN. { ESPAÑA.....Semestre, 3,75 pesetas.
EXTRANJERO. > 6 >

AÑO V

DOMINGO 12 DE MAYO DE 1918

NÚM. 209

UNA HISTORIA DE JABALÍES

Los cinco jabatos que había tenido la jabalina más joven de la piara, habíanse reducido a tres durante la última seca, cuando los gamos se fueron del monte en busca de pasto más fresco, y el lobo, para no morir de hambre, decidió sorprender a la camada de jabalíes en su lecho de juncos secos, al musgo y de hoppedie de la misma añosa encina que los vio nacer.

Los pequeños eran ya bastante crecidos; empezaban a comer las lombrices que su madre desenterraba con el hocico, y las rayas alternativamente claras y oscuras de su pelaje, comenzaban a fundirse en un tono general pardo negruzco. En vista de todo esto, y con el fin de evitar que el lobo se llevase otra cría, la jabalina fué con las que le quedaban en busca de sus compañeros de manada, y ésta quedó de nuevo constituida.

Fué aquélla para los tres pequeños una época feliz. ¡Qué encanto tan singular tenían aquellas tardes interminables, pasadas en la parte más sombría del bosque, a donde la luz del sol no llegaba sino filtrada a través de un apretado encaje de ramas y hojas! ¡Qué delicioso

era ir por las noches hasta la charca, para revolcarse en sus aguas turbias y poco profundas, y hozar luego en el fango de las orillas! A la vuelta, daba toda la manada un largo rodeo para pasar por los campos de trigo, y allí se detenían, hartándose con las espigas, hasta que

la luz azulada de la luna iba perdiendo poco a poco su brillo, y por el oriente empezaban a columbrarse los reflejos de lila y rosa que preceden a la aurora.

El regreso al bosque era aún más alegre que la partida. Las jabalinas viejas, las que eran madres de casi

una docena de hijos, marchaban a la cabeza, deteniéndose a cada paso, oliéndolo todo. A continuación marchaban las más jóvenes, mezcladas con algunos machos que habían perdido su librea juvenil un par de meses antes, y cerraban la marcha todos los pequeños, entre ellos los tres de nuestra historia, revolcándose torpemente, corriendo, mordiéndose unos a otros.

Así pasó todo el verano, y llegó la estación en que las encinas y los nogales se dignan dejar caer sus frutos al suelo, con gran contentamiento de los jabalíes. La



piara recorría todas las noches una parte del bosque en busca de bellotas, y a veces se permitía el lujo de llegarse hasta los campos de patatas para desenterrar los sabrosos tubérculos, lo mismo que en el bosque desenterraba las trufas.

Los tres jabatos habían creído hasta entonces que la misión de su casta en este mundo se reducía a comer, jugar y revolcarse en el cieno; pero un acontecimiento importante que ocurrió bien mediado el mes de Noviembre, les convenció de lo contrario.

Una tarde, cuando el viento empujaba allá arriba montones de enormes nubes cargadas de helada lluvia, y abajo silbaba furioso entre las ramas de las encinas, oyóse entre la maleza un gruñido, que toda la manada conoció al punto. Era un macho que llegaba, un animal enorme, con las cerdas del lomo erizadas, brillantes los ojos y envueltos en espuma labios y colmillos. Los tres hermanos no pudieron menos de asustarse, y corrieron a esconderse detrás de su madre. Por entre las patas de ésta pudieron ver la escena que se siguió. Uno de los machos más crecidos de la piara salió a recibir al intruso. Los dos animales se miraron un rato, y en seguida se precipitaron uno sobre otro. Se oía distintamente el choque de sus colmillos, y sus gruñidos furiosos ponían espanto. No se hacían sangre, porque todos los jabalíes saben parar los golpes de un adversario con sus propios dientes, o recibirlos en la espalda, donde la piel es impenetrable; pero uno de ellos, el que quería cerrar el paso al intruso, recibió de éste tan tremendo golpe, que fué

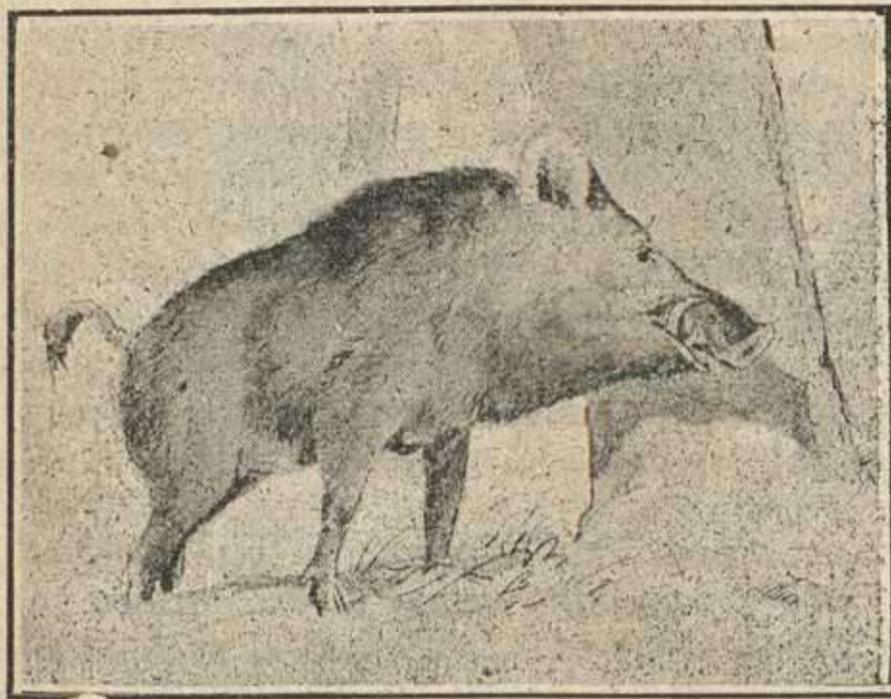


rodando buen trecho por el suelo. Tan pronto como volvió a ponerse en pie, se separó poco a poco del lugar de la lucha, y cuando estuvo a cierta distancia, emprendió un trotecillo corto, desapareciendo entre los árboles.

Entretanto, el jabalí viejo buscaba otro adversario. La escena se repitió una vez y otra, hasta que todos los machos grandes hubieron reñido. Dos más tuvieron que tomar también el portante. Los otros, no habiendo resultado vencidos ni vencedores, volvieron a ocupar sus puestos, en la piara, admitiendo al intruso en su compañía.

Aquel vejancón permaneció con la piara todo el invierno, mientras la nieve cubrió el monte y los árboles estuvieron sin hojas. Tenía muy mal genio, y se complacía en atormentar a los jabatos, quitándoles las trufas que desenterraban o amenazándoles con los colmillos. Cuando vino el buen tiempo y la manada volvió a reunirse después que las hembras dieron de nuevo a luz, siguió siendo su tirano aquel monstruo. Los tres jabatos, que ya se iban haciendo unos jabalíes respetables, deseaban que volviese la época del celo, para ver si otro macho lo expulsaba; pero no vieron cumplidos sus deseos. El viejo jabalí parecía invencible.

Entonces, fué cuando uno de los hermanos decidió separarse de su familia y vivir por su cuenta y riesgo. Aún no tenía tres años, la edad más a propósito para entregarse a la vida solitaria; pero no importaba. El veía que los jabalíes más fuertes eran los que pasaban solos una gran parte del año, y parecíale evidente que en la vida aislada debía estar el secreto de



la fuerza. Un día se marchó solo a revolcarse en las orillas de la charca, y en vez de volver con sus compañeros, echó monte arriba en busca de un sitio retirado. Un grupo de árboles entre espeso jarral le ofreció un asilo seguro. Allí estableció su morada el cerdoso animal, y allí pasó semanas, y meses, sin salir más que de noche, cuando iba a beber a un arroyo que bajaba desde lo alto del monte como una cinta de plata que colgase hasta el llano. Durante estas expediciones nocturnas, tomaba infinitas precauciones; bebía a tragos cortos, levantando a cada instante la enorme cabeza para escuchar.

Un día se atrevió a salir a la hora del crepúsculo para darse un baño. Estaba hozando el barro al pie de un árbol viejo, cuando se le metió por las narices un tu-fillo extraño, que desde luego no se parecía al olor propio de su especie. Dió un resoplido, como si quisiera quitarse aquel olor de la nariz, y al momento vió salir de detrás del árbol una sombra, la sombra de un animal, con unos ojos que brillaban como las estrellas en una noche sin luna. Las dos bestias se miraron con fijeza, como si quisieran conocerse bien; después, el animal recién llegado dió media vuelta y se marchó; pero muy despacio, deteniéndose a cada momento para volver a mirar al jabalí.

Ordó entonces de que su madre le había contado que un animal del monte se había comido a dos de sus hermanos. ¿Sería aquel? ¿Se le querría comer tal vez a él? No; más bien parecía tenerle miedo.

El jabalí tuvo entonces por vez primera conciencia de su fuerza, y aquella noche no volvió a su encame sin detenerse antes junto a un alcornoque para afilarse las defensas contra la corteza. Algunos días después, todos los árboles de aquella parte del bosque aparecieron marcados con sus *valentías*; los colmillos del jabalí debían cortar como navajas barberas.

Cuando llegó otra vez el mes de Noviembre, una voz interior dijo al solitario que era el momento de probar su valor. Aunque habían transcurrido muchos días, y aun meses enteros, desde su separación no había olvidado que allá abajo, en el bosque cercano a la charca, estaba su manada. Husmeando acá y allá, deteniéndose con frecuencia para tomar vien-

tos, dirigióse en busca de sus antiguos compañeros, dispuesto a tomar venganza del macho viejo.

Anduvo una noche y la siguiente, y a la tercera dió con la piara; pero al presentarse ante ella en son de guerra, no vió por ninguna parte al objeto de sus iras.

El viejo jabalí había muerto un mes antes. La escopeta de un cazador puso fin a sus días, y su cabeza, adornada con galantina y papel rizado, ostentábase gloriosa en el escaparate de un restaurant de moda, allá en la capital, donde no llegan las puras auras ni el aroma sano y vivificante de los encinares.

A. CABRERA.

EL HIJO DEL OSO

(CUENTO RUSO)

(Conclusión).



Allí cerca vió Hijo del Oso un gran nido lleno de aves de cría, y compadeciéndolos porque iban a ahogarse, echó su capa encima del nido para librarles de la lluvia.

Cuando hubo escampado, Hijo del Oso y su compañero prosiguieron el viaje hasta el túnel, en el cual se internaron, encontrando al poco tiempo el pozo con la cuerda de piel. Hijo del Oso ató a la doncella por la cintura, hizo la señal convenida, y los tres gigantes comenzaron a tirar de la cuerda. Y cuando vieron aparecer a la muchacha sintieron envidia de su compañero, y cada cual deseó casar-

se con la joven. Entonces se pusieron de acuerdo los tres gigantes para subir a Hijo del Oso, y cuando estuviera casi en la superficie cortar la cuerda y dejarle caer a fin de que se estrellase. Después discutirían para ver quién se casaba con la joven.

Hijo del Oso sufrió una espantosa caída, pero como el Agua de la Fuerza le había hecho tan vigoroso, no se mató. Permaneció boca arriba un día, y otro del lado derecho, y otro del lado izquierdo, y al fin pudo andar y volverse al mundo de abajo. Mientras andaba por allí pensando qué hacer, llegó volando una de las enormes aves cuyas crías había visto, y posándose a su lado, le dijo con voz humana:

—Como tuviste compasión de mis hijos, voy a recompensarte con cualquier favor que me pidas. Pídeme lo que quieras.

—Vuélveme a mi mundo, si puedes—repuso Hijo del Oso.

—Es difícil lo que deseas—dijo el ave, —pero conozco un camino y te llevaré. He de advertirte que es viaje de tres meses. Ve, pues al bosque, haz un cesto de mimbre y llénalo de caza. Cuando estés dispuesto, te montarás en mi lomo con el cesto, y siempre que me veas volver la cabeza mientras vaya volando, me das de comer.

Hijo del Oso siguió las instrucciones del ave. Tejió un gran cesto, lo llenó de caza y montó con él en el ave, la cual se remontó y comenzó a volar con la velocidad del huracán. El ave voló día tras día sin detenerse, y siempre que volvía la cabeza, le ponía en el pico Hijo del Oso una tajada de carne. Y cuando hubo volado tres meses y estaba casi vacío el cesto, llegaron al mundo de arriba, y allí, en una verde pradera, le dejó el ave y se despidió de él:

Hijo del Oso llegó al fin a su país, y al bosque donde estaba la casa que habían construido los tres gigantes y él. Ya en el interior del bosque encontró un pequeño prado en el que estaba una preciosa joven guardando vacas. Hijo del Oso se acercó y vió con sorpresa que era la doncella que había rescatado del poder de la Baba-Yaga.

La joven le saludó con alegría y le contó todo lo que le había sucedido, cómo habían regañado por ella los gigantes, y cómo habían luchado diariamente durante una hora; pero como ninguno era más fuerte que los demás, aún no habían podido decidir el asunto, y la tenían cuidando el ganado mientras venía alguno de ellos. Entonces la dijo Hijo del Oso:

—No te casarás con ninguno de esos infieles hermanos míos; te casarás conmigo.

Hijo del Oso la mandó ir a la casa y él fué detrás, pero al llegar y ver a los tres gigantes junto a la ventana, bebiendo, se echó la gorra por la cara, y con tono humilde pidió un poco de leche.

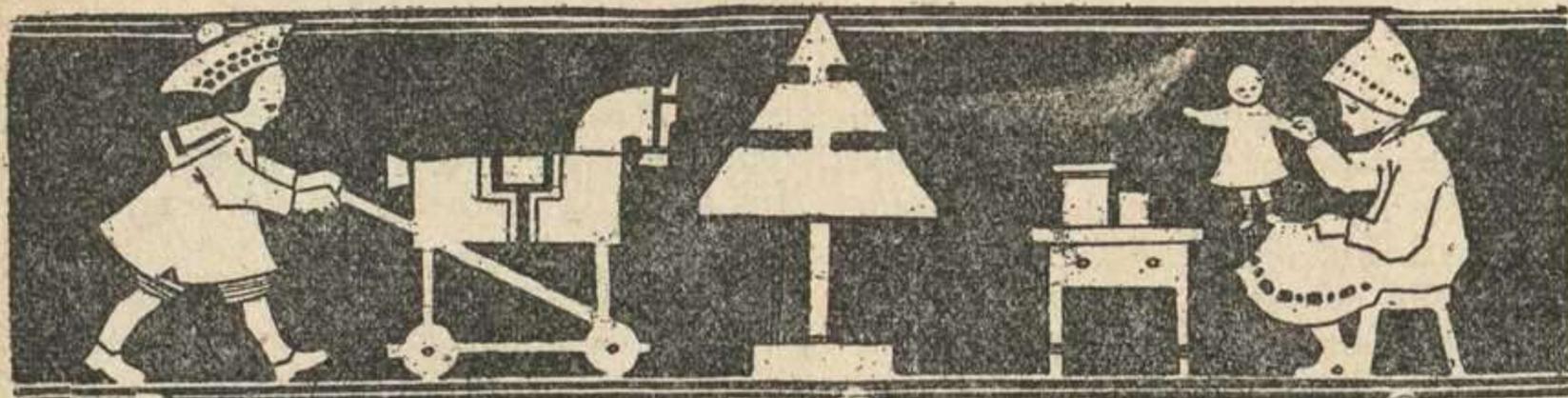
—¡Vete de aquí!—gruñó Usynia sin volver la cabeza.

—¡Aquí no queremos mendigos!—gritó Gorynia.

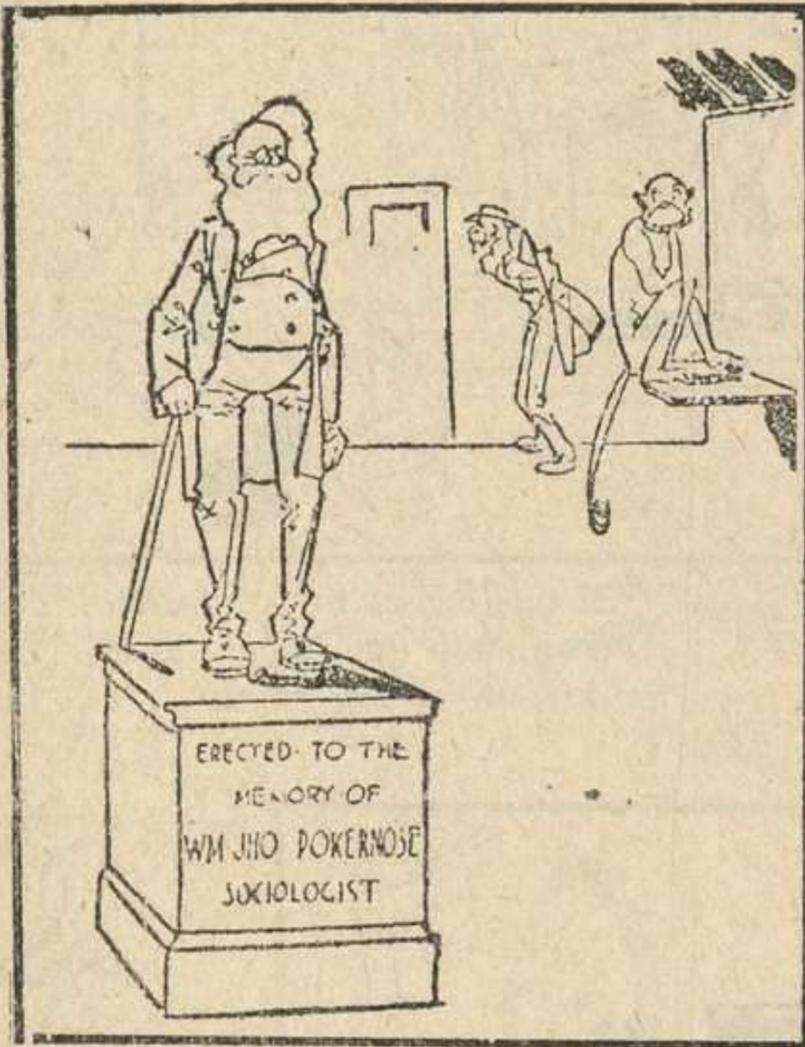
—¿Conque quieres leche?—dijo Dubynia.—¡Mejor será que pruebes mi garrote!

Entonces Hijo del Oso se quitó la gorra y se dió a conocer. Los gigantes se pusieron pálidos de miedo, y buscando la puerta echaron a correr como si les persiguieran los tártaros, y no se les volvió a ver el pelo.

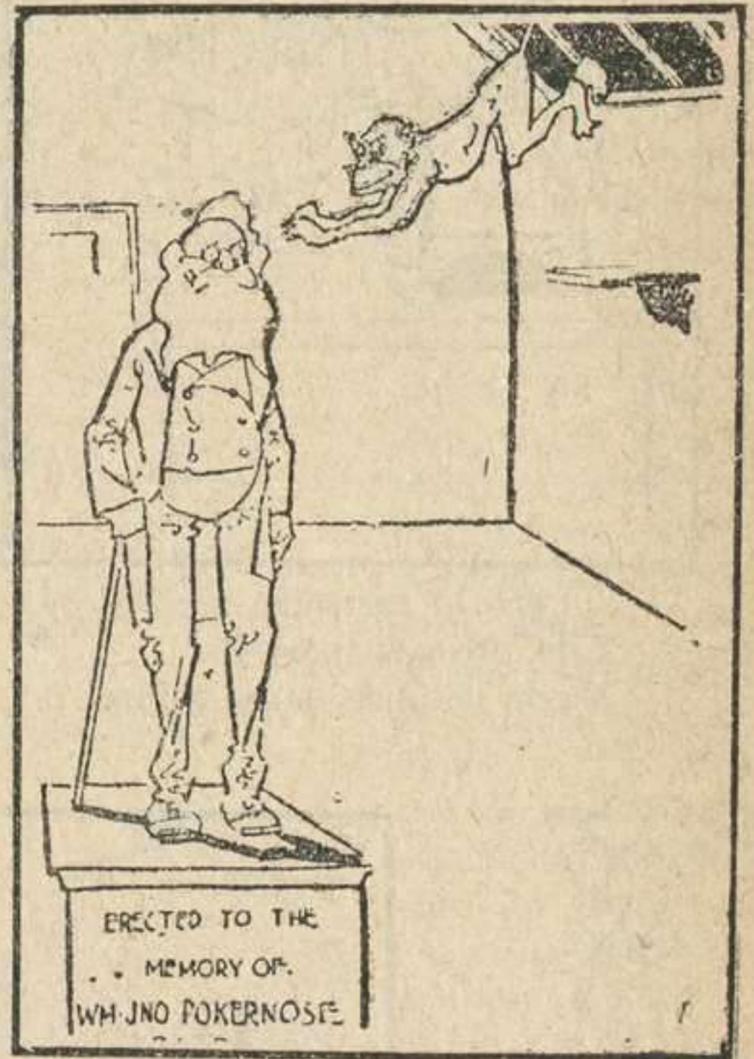
Hijo del Oso se casó con la joven, y ambos residieron en aquella casa con tanta paz y comodidad, que no ansiaban nada de lo que no tenían, ni carecían de nada de lo que deseaban.



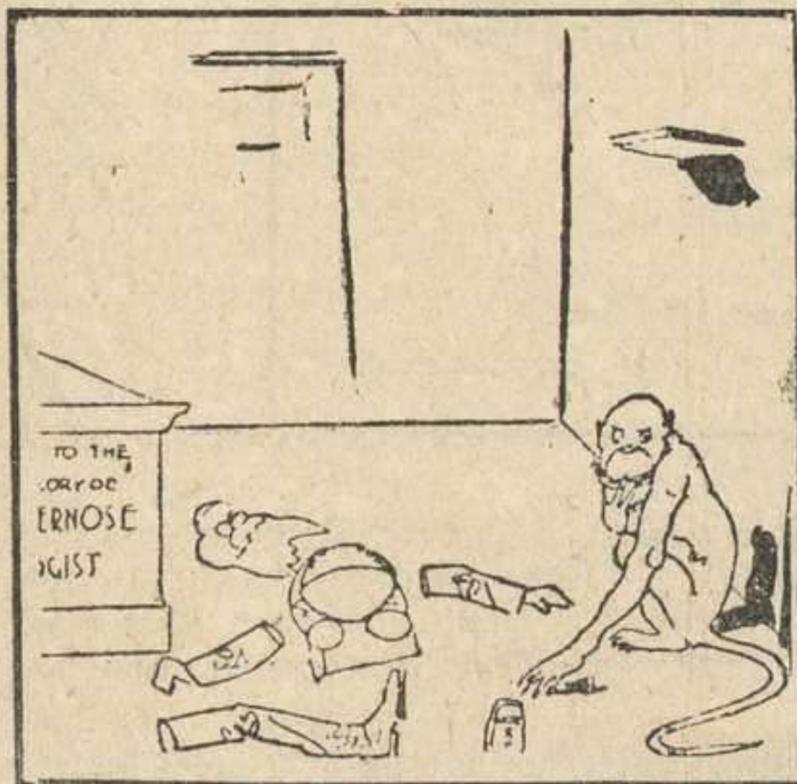
UN MACACO ENREDADOR QUE QUIERE SER ESCULTOR



Un afamado escultor
Hizo una estatua muy buena
De un profundo pensador.



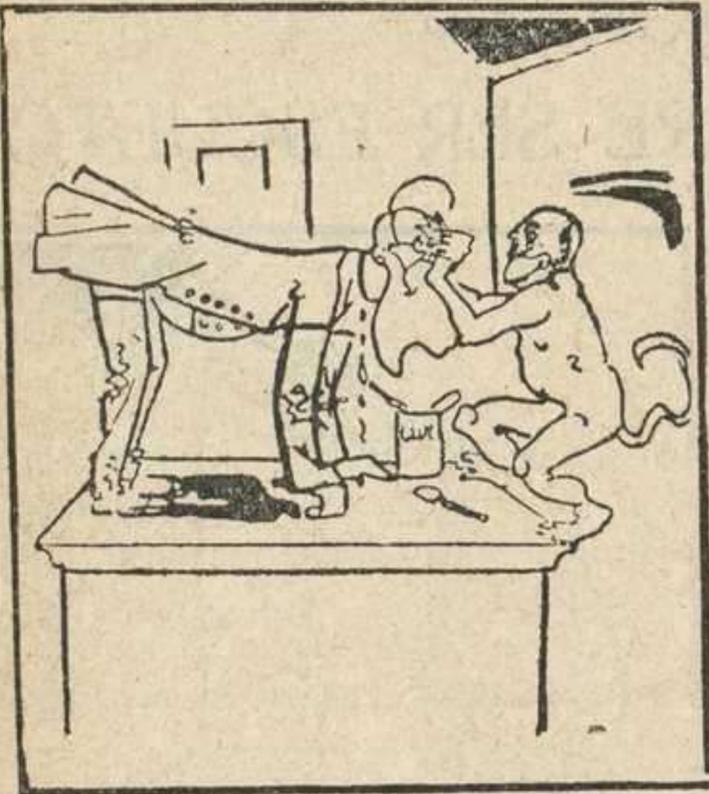
Pero el escultor tenía
Un mono muy calavera
Que mil diabluras hacía.



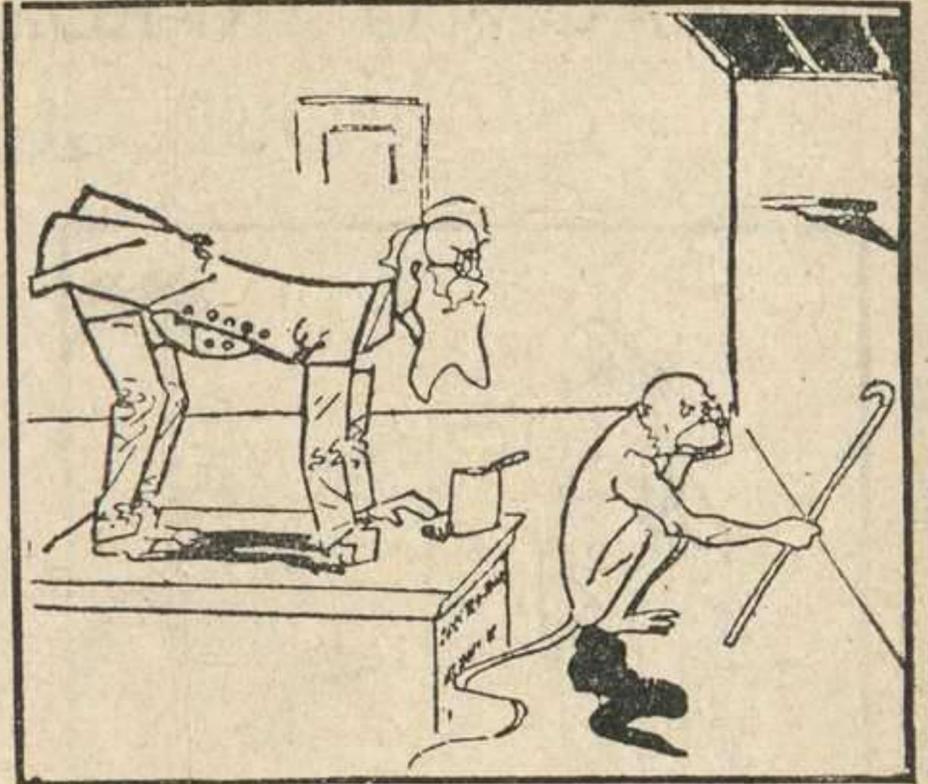
Y haciendo tanta diablura
el infatigable mono
Hizo cisco la escultura.



Recogiendo los pedazos
Colocó primeramente
Los dos pies y los dos brazos.



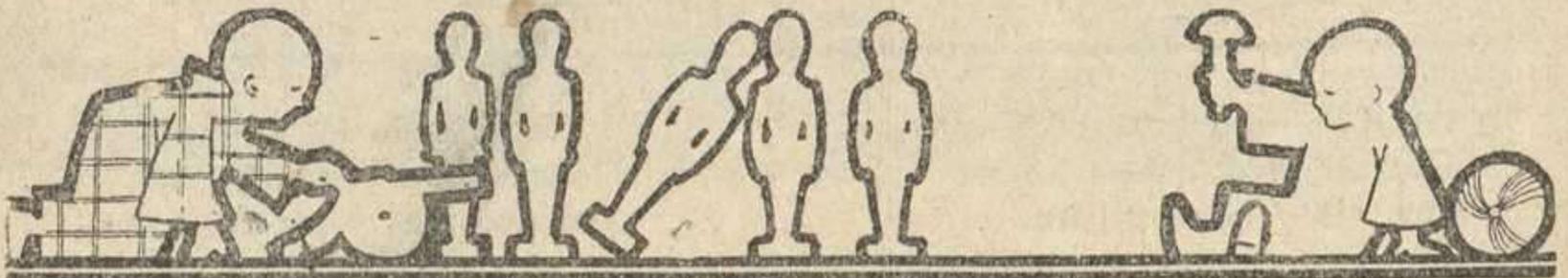
Pero lo restauró mal
Y lo puso en posición
No de hombre, sino animal.



El bastón, al fin y al cabo
No sabiendo qué hacer de él
Se lo pone como rabo.



Y no es chica la emoción
Que se lleva al ir a verla
Una docta comisión.



Una máquina casera de afilar lápices

El afilar lápices con un cortaplumas, como comunmente se hace, es poco limpio, y tiene, además, el inconveniente de que pocas personas saben hacerlo bien. Además de necesitarse un cortaplumas muy afilado, hace falta tener cierta habilidad para sacar una punta bien fina y enteramente perfecta. Generalmente, no se consigue sin haber roto antes una porción de puntas, y esto ocurre hasta con los sacapuntas que se venden en el comercio. En cambio, todo ello es cosa fácil y sencilla sirviéndose de una pequeña máquina que cualquiera puede hacer en su casa.

Se empieza por cortar, de una tabla de dos centímetros de grueso, un círculo de veinte centímetros de diámetro; si parece muy difícil sacar el círculo perfecto, puede aprovecharse el fondo de una de esas cajas de jalea que se venden por Nochebuena, el cual servirá perfectamente para el objeto. En este círculo de madera, y a unos tres centímetros de su borde, se practica un agujero, donde se insertará un palito, procurando que entre lo bastante apretado para que no se mueva, lo cual se conseguirá aún mejor pegándolo con un poco de cola.

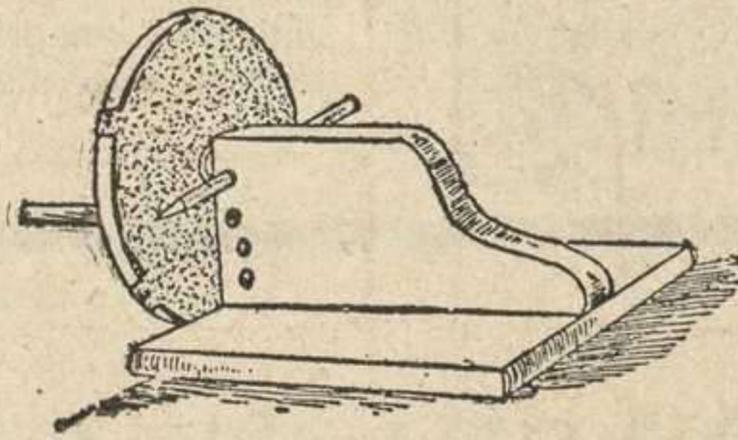
De una madera más delgada, como la de cajas de tabaco, se corta un disco de cinco centímetros de diámetro y se pega en el centro del disco grande por el lado opuesto al del palito. Con esto, queda he-

cha la rueda que representa el segundo grabadito. Ahora hay que revestirla de papel-lija. Se escoge éste de grano bastante fino y se recorta un disco de igual diámetro que el de la rueda, dejándole en los bordes, de vez en cuando, una especie

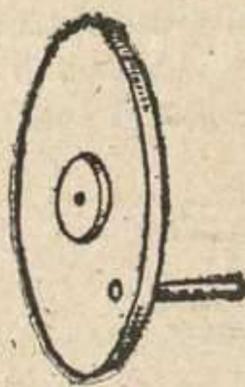
de diente prominente. En el centro se hace un agujero circular de cinco centímetros de diámetro. Este disco se aplica sobre la rueda por la misma cara donde se pegó el disco de madera delgada, dejando que éste salga por el agujero central del papel, y los dientes que se han dejado a este último, se doblan sobre el canto de la rueda, clavándolos con tachuelas. Si se quiere, puede pegarse el papel-lija con cola, para mayor seguridad; pero en este caso, debe pegarse sólo por los bordes, para que se pueda arrancar fácilmente cuando se quiera cambiar.

Después hay que hacer el cuerpo de la máquina: una tabla de tres centímetros de grueso y once de ancho (el largo es indiferente), atornillada perpendicularmente sobre otra que

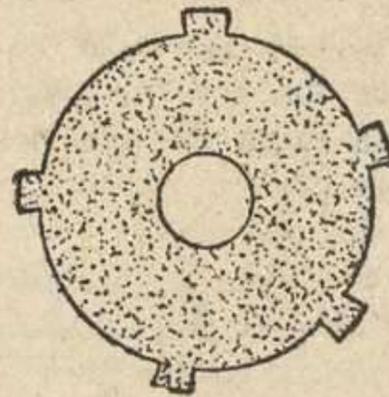
hará de base, y que será de igual grueso y longitud, y de treinta centímetros de ancho. En el canto lateral de la tabla que queda vertical, se atornilla la rueda en la forma que indican los grabados, esto es, con el papel lija hacia dentro. Ahora, sólo falta hacer en la misma tabla varios agujeros, cerca de donde está la rueda y en dirección tal, que al meter un



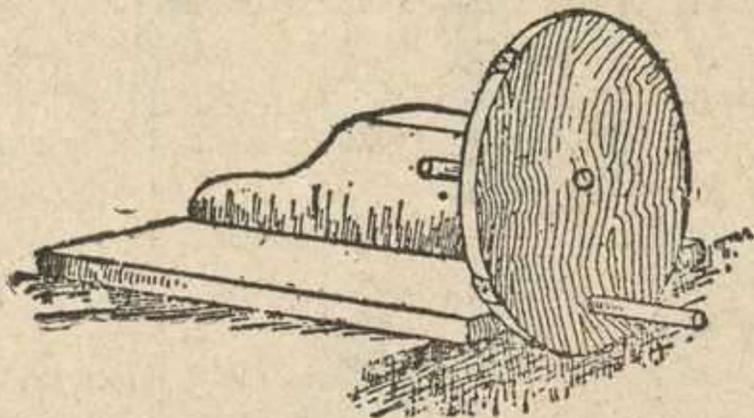
Visto por detras



La rueda.



El disco de papel lija



Visto por delante

lápiz por cualquiera de ellos, forme ángulo agudo con la superficie cubierta de lija, según muestra el primer grabado.

Conviene hacer, por lo menos, cuatro agujeros, de distintos tamaños, para poder meter lápices de diámetros diferentes. Además, haciéndolo así, la lija se gasta por igual, mientras si los lápices se pusiesen siempre en el mismo agujero, se desgastaría en seguida una línea circular, y quedaría intacto el resto del papel.

Hecha la máquina, ya no queda sino hacerla funcionar. Para ello, se mete el

lápiz por el agujero que le corresponda, hasta que su extremo toque a la rueda, y con una mano, agarrando el palito que hace de manubrio, se pone ésta en movimiento, mientras con la otra se van dando vueltas al lápiz.

Cuando el papel-lija está ya muy gastado, se desatornilla la rueda y se cambia el papel.

Si el aparatillo se ha hecho cuidadosamente, y la lija es buena, los resultados obtenidos compensarán suficientemente el trabajo empleado en su construcción.

EL BAILARÍN DE CORCHO

Un tapón de botella, de los más corrientes, un palillo de los que se usan para la dentadura, una miga de pan del tamaño de un guisante, una vulgar horquilla de señora, un pedacito de papel y cuatro cerdas cortas y gruesas, que bien pueden cogerse de cualquier cepillo, es todo lo que se necesita para este entretenimiento, muy propio para sobre-mesa.

Se atraviesa el tapón, de arriba abajo, con la horquilla, de modo que las puntas de ésta aparezcan juntas por la parte superior. Estas puntas han de formar el cuello del bailarín, y en ellas se clava la miga de pan, a la cual, apretándola entre los dedos, se le habrá dado previamente una figura lo más parecida posible a una cabeza humana.

La curva de la horquilla debe sobresalir por abajo, formando un medio anillo. Se recortan del papel unas

piernas unidas por su parte superior, como se ve en el dibujo, y se cuelgan de este Cortando el palillo de dos mitades y claván-

dolas a uno y otro lado del corcho, quedan hechos los brazos del hombrecillo, y con esto sólo falta ya el mecanismo que le ha de hacer bailar. Este consiste sencillamente en las cuatro cerdas del cepillo insertas en la cara inferior del tapón como las cuatro patas de una mesa, y bien igualadas en longitud, de modo que las pierrecillas de papel del monigote no toquen al suelo.

Póngase al bailarín sobre la mesa, y tecleando en el tablero de ésta se le verá ir, venir, brincar y hacer, en fin, las más divertidas evoluciones. Nada tan curioso ni tan divertido como media docena de estos hombrecillos moviéndose a

compás. El muñeco tendrá mejor aspecto pintándole, para que parezca vestido.



Los polvos mágicos

I

Chadid, el califa de Bagdad, estaba una hermosa tarde sentado en mullidos cogines de seda, fumando en su larga pipa, saboreando su café y acariciándose la barba.

Acababa de despertarse de una reparadora siesta y se sentía satisfecho del mundo y de sí mismo.

Era la hora en que el Gran Visir Almanzor solía rendir sus respetos a su amo y soberano, porque era cuando el califa estaba más complaciente y más afable.

Aquella hermosa tarde se presentó como de costumbre, pero iba extraordinariamente serio y pensativo.

Quitándose la pipa de la boca el califa preguntó:

—¿Por qué tienes el gesto tan pensativo, Gran Visir?

Almanzor se cruzó de brazos, hizo una profunda reverencia y respondió:

—Mi señor y amo, no sé si tengo el gesto serio o no, pero lo que sé y lo que me irrita grandemente es que está en el patio un mercader con mercancías de esplendidez inaudita y ¡ay! no tengo dinero para comprarlas.

El Califa que deseaba complacer al Gran Visir mandó a sus esclavos negros en busca del mercader y a los pocos momentos volvieron con un hombrecillo gordo y rechoncho, de tez oscura y ropa harapienta que traía una arquilla con perlas, sortijas, collares, brazaletes, pistolas bellamente decoradas, copas de oro y peines.

El califa compró pistolas para él y para Almanzor y un elegante peine para la esposa del Gran Visir.

El diminuto vendedor empezó a recoger sus mercancías, cuando el califa se fijó en un cajoncito que tenía la arquilla.

—¡Enséñame ese cajoncito!—exclamó. ¿Contiene algo?

El vendedor abrió el cajón y sacó una cajita llena de una especie de polvos negruzcos y un trocito de pergamino con un escrito.

—Puedes quedarte con estas dos cosas



por muy poco precio. A mí no me sirven de nada. Se los compré a un hombre que se los había encontrado en las calles de la Meca.

Chadid los compró y despidió al vendedor amablemente. El califa era aficionado a los idiomas extranjeros e intentó leer lo que decía el pergamino, pero no pudo. Estaba escrito en un lenguaje completamente extraño para él.

Entonces se volvió hacia el Gran Visir y le preguntó si sabía de alguien que supiera traducirlo.

—Selim el erudito, que sabe todos los idiomas y que vive en la Mezquita Mayor, nos dirá lo que significa esta escritura—dijo Almanzor.

Inmediatamente mandaron llamar a Selim el erudito.

—Selim—dijo el califa—si puedes decirnos el significado de estas palabras te regalaré un magnífico vestido de fiesta, pero si no puedes mandaré que te apliquen doce buenos palos en la espalda y veinticinco en los pies por llamarte erudito sin serlo.

La alternativa era dura, pero tal era el sistema de los Califas.

Selim, sin embargo, hizo respetuosísimas zalemas y contestó alegremente:

—Sea como quieras, ¡oh Califa!

Estudió la escritura durante largo rato y de repente exclamó:

—¡Que me ahorquen si esto no es latín!

—Pues di lo que significa—ordenó el Califa.

Selim tradujo:

“Mortal que encuentres esto, da las gracias a Alá por el favor. Quien quiera que sorba una pulgarada de estos polvos diciendo al mismo tiempo “Mutabor” podrá convertirse en el animal que desee y comprenderá el lenguaje de todas las clases de criaturas. Pero ¡ten cuidado! Si mientras estás convertido en animal te ríes, por casualidad, no volverás a recordar la palabra mágica y te quedarás en animal”.

El califa estaba encantado, mandó a Selim jurar que no diría a nadie nada acerca de los polvos mágicos, le regaló el vestido y le despidió. Luego habló al Gran Visir.

—¿Qué dices de esto, Almanzor? Es una compra magnífica. ¡Debe de ser muy divertido convertirse en animal! Ven a buscarme mañana por la mañana temprano para que vayamos al campo y tomemos un polvito de esta caja. Así podremos oír lo que se dice en el aire, en el agua, en el bosque y en la pradera.

Apenas se había vestido y cuando concluía de desayunar el califa a la mañana siguiente, se presentó el Visir como le había ordenado para acompañarle en su paseo. Chadid llevaba en la faja la cajita de los polvos mágicos, y mandando a la comitiva que se detuviese, siguió su camino con la única compañía del Gran Visir. Atravesaron los espaciosos jardines del palacio del califa sin ver a ningún ser viviente y entonces el Gran Visir propuso ir a un lago no muy distante donde solían reunirse las cigüeñas cuyas costumbres le divertían mucho.

El Califa accedió y no tardaron en llegar a la laguna. El Visir tenía razón. Ya había allí una cigüeña y otra estaba revoloteando y preparándose para descender.

—¿Qué tal resultaría convertirse en cigüeña?—dijo Almanzor.

—¡Muy bien!—respondió el Califa.—Pero ante todo, ¿qué tenemos que hacer para volver de nuevo a nuestro propio ser? ¡Ah! Ya recuerdo. Hacer tres reverencias hacia Oriente, y decir: “Mutabor”, y sobre todo, amigo gran Visir, no reírnos, porque nos perderíamos.

Así diciendo, sacó de la faja la cajita, tomó un buen sorbo de polvos y se la entregó al Gran Visir, que siguió su ejem-

plo, diciendo ambos al mismo tiempo: “¡Mutabor!”

Inmediatamente empezaron a adelgazarles las piernas hasta convertirse en patas de cigüeña, los brazos se convirtieron en alas, el cuello se les alargó una vara, las barbas desaparecieron bruscamente, y sus cuerpos se cubrieron de plumas.

—Tienes un pico muy hermoso, Gran Visir—dijo el Califa después de un momento de muda sorpresa.—En mi vida he visto otro igual.

—Muchas gracias—repuso el Visir haciendo una reverencia.—Por mi parte, si hubiera de decirte algo, amo y señor, te diría que estás más guapo de cigüeña que de Califa. Pero si te parece, oigamos lo que dicen nuestras semejantes las cigüeñas.

Sin hacerse presentes se acercaron al lago, y con gran regocijo oyeron la siguiente conversación:

—Buenos días, señora Pataslargas. Qué temprano vienes hoy a la pradera.

—Buenos días, amiga Picoluengo. Voy a tomar un pisolabis. ¿Quieres un poco de pato o un par de ranitas?

—Realmente no tengo apetito—respondió la cigüeña.—He venido por otro motivo. Hoy tengo que bailar ante los convidados de mi padre y he venido a ensayar aquí aprovechando la soledad de la mañana.

Y la joven cigüeña empezó a danzar del modo más maravilloso, apoyándose ahora sobre una pata, luego sobre otra, batiendo las alas graciosamente, doblando el largo cuello en todos sentidos y haciendo tales contorsiones, que el Califa y el Visir no pudieron aguantar más y soltaron la carcajada.

El Califa fué el primero que se serenó

—¡Tiene mucha gracia! ¡Vale cualquier dinero el espectáculo!—exclamó.—¡Es una lástima que las hayamos espantado con las carcajadas! Tal vez se habrían puesto a cantar después

Pero de repente, el Gran Visir recordó que no debían reírse mientras estaban convertidos en animales, y exclamó:

—¡Por las barbas del Profeta! ¡Sería una triste gracia que nos tuviéramos que quedar cigüeñas. ¿No recuerdas la estúpida palabra mágica? Se me ha olvidado.

—Hay que hacer tres zalemas a Oriente y decir “Mu... Mu... Mu...”

Los dos inclinaron repetidas veces la

tamiento, los dos personajes andaban por el campo sin haber qué hacer. Ni podían dejar su piel de cigüeña ni podían volver



cabeza hasta dar con el pico en el suelo gritando con ansiedad: “Mu... Mu... Mu...”, pero, ¡horror! la palabra se había borrado por completo de su imaginación, y el pobre Chadid y su Visir seguían siendo cigüeñas.

Profundamente apenados con su encan-

a la ciudad a dar a conocer su triste estado, porque ¿quién iba a creer que las dos cigüeñas eran realmente el Califa y el Gran Visir? Y aunque lo creyesen, ¿querrían tener una cigüeña por califa?

(Continuará.)



COLABORACIÓN INFANTIL

LOS PERROS

A mi madre.

En las proximidades de Zurich, ciudad de Suiza, había una aldea donde grandes nevadas caían en el invierno. En una casa de miserable aspecto vivía una familia pobre, compuesta de un matrimonio con un hijo llamado Juan.

El padre ocupábase en el cuidado de un rebaño, y en el invierno emigraban a países más al Sur, pues la nieve cubría los pastos de la aldea.

En una de las veces que emigró al Sur le sorprendió una tempestad de nieve; anduvo por espacio de muchas horas entre el fulgor del relámpago y el ruido del trueno, hasta que cayó al suelo, presa del cansancio. Desesperaba ya de salvación cuando oyó fuertes ladridos y entonces perdió el sentido...

Al poco rato estaba en una casa de aldeanos, los cuales le dijeron que, guiados por el instinto del perro, lo encontraron sin sentido, y a fuerza de cuidados le habían podido volver a la vida.

Esto nos enseña que no debemos tirar piedras a los perros solamente por diversión.

A. G. I.

Cádiz.



JUANITO Y CARMENCITA

En una mañana de Mayo, al abrir la puerta la señora de la casa se encontró un hermoso niño que representaría unos ocho meses, lo recogieron los buenos se-

ñores y éstos tenían una niña de quince meses y vivieron juntos.

Pasaron veinte años y los niños crecieron amándose como hermanos; la madre de la niña murió y el niño le dijo al padre que se amaban y se querían casar.

Eso no le pareció bien al padre y despachó de la casa al niño, que se llamaba Juanito.

Tiempo después se le enamoró un señorito, hijo de unos condes; Carmencita (que así se llamaba la niña) no lo quiso y el conde mandó a robarla cuando saliese por agua y no soltarla hasta que ella quisiera al conde, y así lo hicieron.

Juanito se enteró por el diario y se presentó al padre de ella, y le dijo:

—¿Si le encuentro su hija me da su mano?

Y el padre le miró y le dijo:—Sí.

Juan salió como un rayo en busca de ella; pasó una semana y no la encontraba.

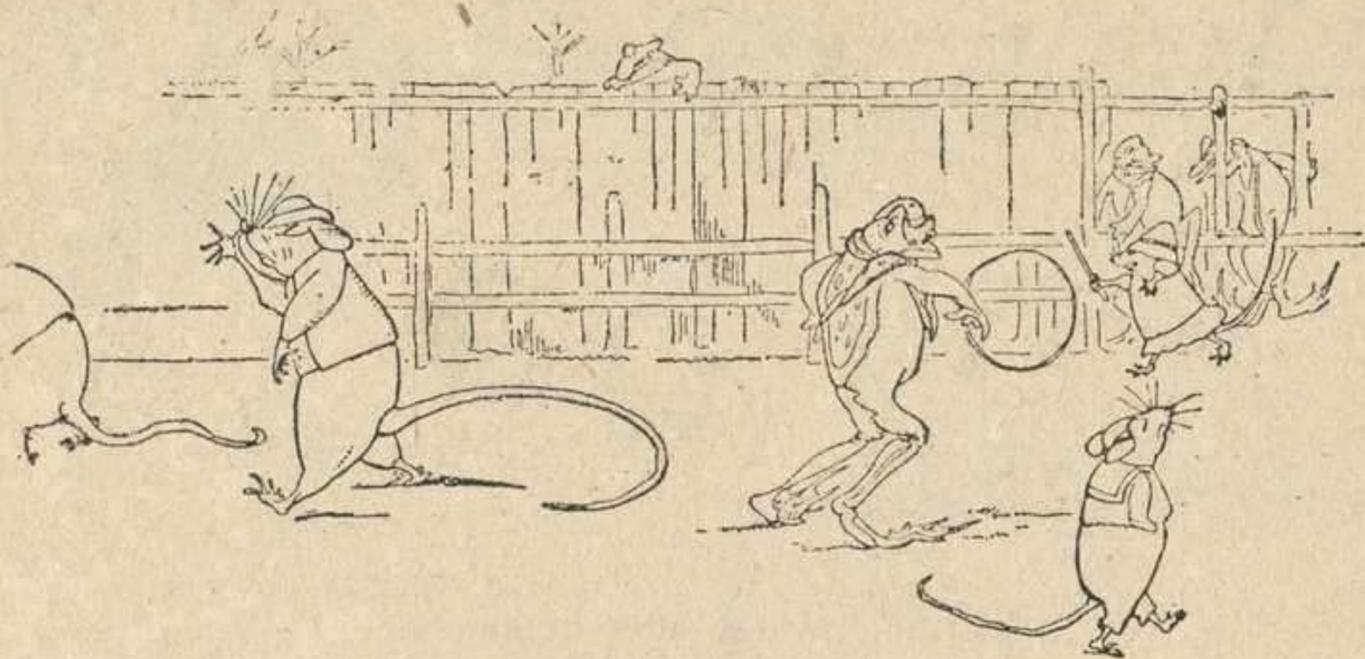
Un día, pasando por debajo de un castillo, llamado "El castillo del oro", oyó gritos de auxilio y reconoció la voz de Carmencita y entró revólver en mano, soltando un disparo contra el centinela, cayendo en redondo, y después de haber muerto más de un centenar, de un hachazo rompió al puerta, y soltando otro disparo rodó por el suelo el conde y sacando de uno de sus bolsillos una llave la cogió y echó a correr, encontrándose en el cuarto donde pedía auxilio, probó la llave y abrió viéndose con Carmencita la abrazó y cogiéndola por alto se fué huyendo de aquel sitio.

Se la entregó a su padre y éste los casó al día siguiente, siendo muy felices con su hija.

EMILIO CABEDO

(12 años.)

El ratón y la rana



Una rana y un ratón
Se odiaban de corazón.



Y un día que se encontraron
Una disputa entablaron.



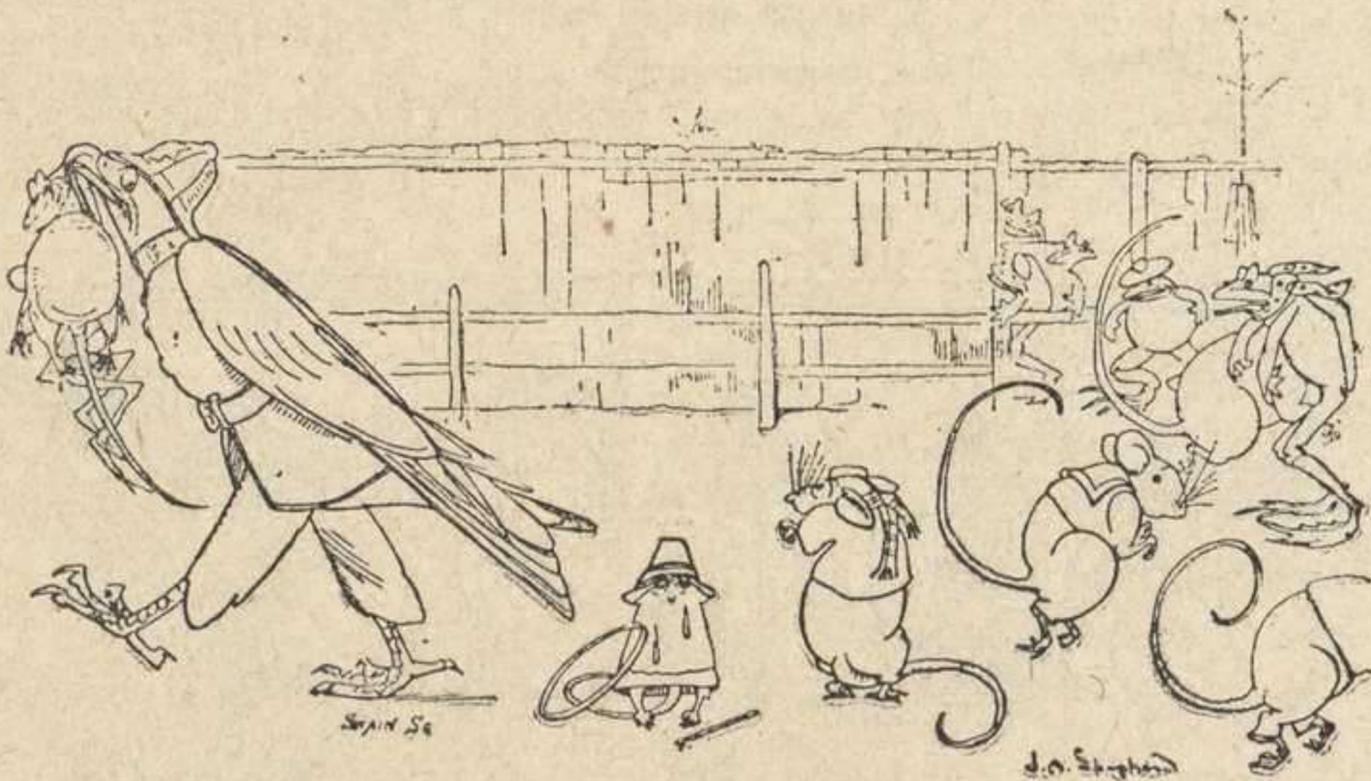
Como ninguno cedía
Continuaba la porfía.



Y cual dos seres humanos
Se vinieron a las manos.



Y mientras golpes se dan
Aparece un gavián.



Que asegura su merienda
Con los dos de la contienda.



Entretencimientos.

PASATIEMPO (POR F. DANS.)

x x x R x
 x x x x I x x x
 x x x O
 S x x
 x x x D x x x x x
 E x x x
 E x x x
 S x x x x x
 P x x x x x x x
 x x x x A x x x x x x x
 x x Ñ x
 x x x A x



CHARADA

(POR UNA SUSCRIPTORA.)

Prima-dos dijo mi tía
al verme a mí sin entrar
estás perdiendo tres-cuatro
cuando tenemos que hablar.



CHARADA

(POR EZEQUIEL JAQUETE.)

—¿Y tu marido?
—Se fué *primera*, *segunda*, *tercera*,
para traerme un *primera*, *segunda*, *ter-*
cera, por el que estoy encaprichada, y sólo
se vende allí.



CHARADA EN PROSA

(REMITIDA POR P. NORRO.)

Dedicada a María Victoria Acon.

—¿De dónde vienes?
—De *prima segunda*. Voy a buscar el
TODO.
La solución una prenda de vestir.

COMPRIMIDOS (POR EZEQUIEL JAQUETE.)

Fiebre

+

: letra tetera

: rio letra

letra, nota, letra

odrigo
Díaz
de Vivar

letra



CHARADA

(POR IÑIGO Y GUILLERMO RUIZ.)

Primera, nota.

Segunda, nota.

Tercera, nota.

El TODO una población montañesa.



PROBLEMA

(POR PAQUITO DARRIBA.)

Dividir el número 245 en cuatro partes,
tales que sumadas, restadas, multiplica-
das y divididas por el mismo número, den
igual resultado.

COMPRIMIDO

(POR IÑIGO Y GUILLERMO RUIZ.)

SA
ME



ACERTIJOS

(POR PAQUITO DARRIBA.)

Dime un nombre de mujer
cuyas sílabas trocadas
te pueden favorecer
contra el frío y las heladas.

*

Hallar el nombre de una ciudad europea,
que leído al revés signifique cierta
pasión.



CHARADAS

(REMITIDAS POR ALBERTO ESTÉVEZ.)

Primera musical
segunda negación
Y el todo nombre de mujer.

Prima-segunda
nombre de mujer;
tercera preposición
y el todo un pájaro.

Prima-segunda
parte de cosa
tercera musical
y el todo por lo regular sienta mal.



SOLUCIONES A LOS PASATIEMPOS PUBLICADOS EN EL NUM. 207:

Del cuadrado de palabras:

A	M	O	R
M	O	R	A
O	R	A	N
R	A	N	A

De las tarjetas: AMADEO VIVES.—LA ALDEA DE SAN LORENZO.—CASIMIRO ORTAS (HIJO.)

De la charada: CARPETA.*Del cuadrado mágico:*

M	A	N	O
A	M	A	R
N	A	D	A
O	R	A	R

De la fuga de consonantes:

Quiero que llegue el domingo,
para pasarme un buen rato,
leyendo con alegría,
la revista LOS MUCHACHOS.

De los acertijos: MARIPOSA.—LA PLUMA.*De los comprimidos:* PEPITO.—PEPITA. MINERÍA.

*

Han enviado soluciones de los pasatiempos del núm. 207:

J. Muñoz Molleda, La Línea; V. Vega-zo B, Mando de Foronda; Heliodoro Sc-ler, Valladolid; Luisa Esteban; Amelia y Francisco Jiménez, Aceca.

*

Han remitido soluciones de los pasatiempos publicados en el núm. 206:

C.º Quirós, Santander; Santiago Prado Velasco, Valladolid.



Liga Postal

LISTA 124

Francisco Baldós, calle Jabonería, 4, Cádiz. Cambia postales de vistas con todo el mundo. "Sella lado vista". Desea correspondencias en todas las partes de España y poblaciones de importancia. Respuesta segura.

Joaquinita Delgado. Calle de Arzobispo Mayoral, núm. 19, segundo, Valencia. Desea tener correspondencia con jóvenes de ambos sexos en francés, inglés y portugués y español. Cambia postales de todos los países y su retrato, billetes del tranvía y poesías.

Juan Rodríguez y Menjibar, Carretera de la Solana, Manzanares (Ciudad Real). Cambia novelas de autores célebres, argumentos de películas, fototipias y monedas antiguas.

Nicolás Falcón, calle de Postadilla, San José, 12, Las Palmas (Canarias.)

A los lectorcitos de **LOS MUCHACHOS**

No dejéis de recordar á vuestros papás ó á vuestros hermanos mayores que compran mañana lunes

ALREDEDOR DEL MUNDO

Es la Revista ilustrada que trae más lectura y más variada ilustración. Contiene relatos de viajes, narraciones históricas, curiosidades de ciencias, de arte y de industria, aventuras de caza, costumbres de pueblos raros, novedades de arqueología, numismática, filatelia, historia natural, etc. Es, en suma, una verdadera enciclopedia en forma de periódico, y además regala novelas ilustradas y publica problemas con valiosos premios.

Precio del número: 25 céntimos.

¡No olvidarlo! No es justo que mientras vosotros os entretenéis leyendo **LOS MUCHACHOS**, las personas mayores estén mirando las musarañas.

GRAN ÉXITO

MUÑECOS RECORTABLES EN PAPEL

Mariquita y Mariquitina, Lola y Lolito, Leoncito y sus muñecos, Juanito y Juanitín, Marianito, Nicolasito, Eduardito, Federiquito, Guillermito, Napoleoncito, Jorgito, etc

Remitiendo el cupón adjunto á las oficinas de **PIC-TORIAL REVIEW, Alcalá, 48, Madrid** y giro postal de una peseta se remite la colección certificada.

CUPÓN "LOS MUCHACHOS"
Al hacer el pedido debe acompañarse este cupón.



El mundo entero proclama las excelencias del
AGUA DE MORATALIZ



Depósito central: Barquillo, 4, MADRID

Tapas para encuadernar LOS MUCHACHOS

Son de tela roja con letras de oro. Precio: **una peseta** las de cada tomo. De venta en la Administración, Martín de los Heros, 65, Madrid.

Nuestros talleres se encargan de la encuadernación de los tomos al precio de **una peseta** cada uno.

Los de provincias pueden mandar su importe, más 0,25 para certificado, en Giro Postal ó letra de fácil cobro.

NÚMEROS ATRASADOS

Se venden de todos los números publicados al precio corriente.